

En el país de Nunca Jamás

Dolores L. Guzmán *

La sociedad se instala en el infantilismo y retrasa el paso a la madurez

LA Isla de Nunca Jamás, es, como describe el delicioso cuento de Barrie, un lugar «acogedor», donde todo está «agradablemente amontonado». Se trata nada menos que *del hogar* de Peter Pan en donde nadie crece, todos permanecen niños para siempre. «No quiero ser mayor jamás; quiero ser siempre niño y divertirme», decía Peter en su primer encuentro con Wendy. El doctor Dan Kiley acuñó el término de síndrome de Peter Pan para definir un *tipo* psicológico humano que tiene miedo a crecer y se instala en la inmadurez. Hoy este término es trasladable al conjunto de la sociedad española, en la que la asunción de responsabilidades y la toma de importantes decisiones se dan cada vez de forma más tardía y la comodidad, el hedonismo y el *autocentrismo* dominan como valores.

No hay duda de que la asunción de responsabilidades es uno de los

* Licenciada en Filología.

signos centrales de la madurez. Responsabilidad entendida, de forma literal, como la capacidad de «responder» de algo o de alguien, con lo que ello supone de compromiso y de fidelidad, así como de aceptar la posibilidad de enmiendas, rectificaciones y desprestigios. Un repaso rápido de algunos aspectos de la sociedad actual, y más concretamente de la juventud, revelan que la aparición de la responsabilidad y del *paso* hacia la madurez se retrasa cada vez más.

Sociedad de responsabilidad tardía

SÓLO por citar algunos datos significativos, actualmente el 77 por 100 de los jóvenes (de entre 18 y 29 años de edad) conviven aún con sus padres, y entre la mitad y dos tercios de los jóvenes que trabajan no han abandonado el hogar paterno (1). Hasta los 25 años son pocos los jóvenes que se declaran emancipados de su familia de origen, y cuando se han cumplido los 29 sólo han llegado a la condición de cabeza de familia (o de compañero del cabeza de familia) dos de cada cinco varones (el 41%) y cuatro de cada siete mujeres (58%) (2).

En el mismo sentido, es muy significativo observar de qué forma tan evidente se ha desplazado en tan sólo diez años la edad de contraer matrimonio hacia la segunda parte de los veinte y los treinta. Concretamente, mientras entre 1983 y 1992 el número de matrimonios de jóvenes menores de 20 años se redujo a menos de la mitad y el de entre 20 y 24 disminuyó en más del 30 por 100, el de los comprendidos entre 25 y 29 años aumentó el 65 por 100 y el de entre 30 y 34 años se multiplicó casi por tres. Conviene resaltar que el número total de matrimonios creció menos del 9 por 100 en el período (3). Por otro lado, la media de edad en que se contrae el primer matrimonio supera los 28 años en el varón y se acerca a los 26 en el caso de la mujer. En todo caso, cuatro de cada nueve mujeres entran en la treintena siendo solteras (4).

En congruencia con lo anterior, también se ha retrasado la edad de la responsabilidad paterna. Casi el 60 por 100 de los niños nacen con padres

(1) «La Realidad Social en España». Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social (CIRES). Mayo 1993.

(2) Informe «Juventud en España» para el Instituto de la Juventud. Manuel Navarro y María José Mateo, 1993.

(3) Datos del Instituto Nacional de Estadística (INE).

(4) «Juventud en España» (INJUVE).

mayores de 30 años, y sólo siete de cada cien jóvenes menores de 24 años tiene algún hijo, cifra que se eleva a 39 en el caso de los comprendidos entre los 24 y los 29 años (5).

Entrar a analizar las causas de toda esta realidad conllevaría un estudio psicológico y sociológico profundo, demasiado complejo, si bien no es difícil entresacar dos razones muy evidentes: por un lado, los jóvenes de hoy han encontrado un modelo de sociedad que no les satisface, del que prefieren no tomar las riendas, lo que les lleva a «instalarse en el asiento de atrás» y dejar que sea otro el que «conduzca». Si a esto se suma la tendencia a la comodidad, a elegir el camino más fácil y que requiera menos esfuerzo, podemos tener un retrato aproximado y a muy grandes rasgos de las causas de esta situación.

No hay que olvidar tampoco el factor laboral, que cabría incluirlo, junto con la emancipación, el matrimonio y la paternidad, entre las grandes decisiones de responsabilidad del hombre. Este dato arroja más luz sobre la situación, con un doble papel de causa y efecto. Como ya es sabido, los datos de paro referidos a España figuran entre los más negros de Europa. Pues bien, el índice de desempleados menores de 25 años es con diferencia el más alto de la Unión Europea, con un 37,5 por 100, casi el doble que la media comunitaria (6). Si ello puede explicar en alguna medida el desplazamiento de la edad de contraer matrimonio y tener hijos, es al mismo tiempo y en sí mismo un aplazamiento de la responsabilidad laboral. Y tampoco es razón de la emancipación tardía si, como hemos visto, casi dos de cada tres jóvenes que trabajan viven con sus padres.

Existe, como declara el sociólogo Juan Carlos Rodríguez Rojo, autor del estudio sobre la «Calidad de vida de los jóvenes españoles 1994», un sentimiento de temor al mercado de trabajo. «La prolongación de los estudios es tanto una necesidad de obtener un plus como un pretexto para demorar la entrada en un mundo hostil», señala. Lo mismo que en relación a la familia que, según él, «aparece como un elemento claramente positivo, pues constituye un refugio seguro y relativamente cómodo aun a costa de permanecer fuera del mundo».

Al «lo que quiero es divertirme» de Peter Pan, Nietzsche contestaría que esa jovialidad es «la del esclavo, que no sabe hacerse responsable de ninguna cosa grave ni aspirar a nada grande, ni a tener algo pasado o

(5) Datos del INE.

(6) Datos de la Oficina Estadística de las Comunidades Europeas (Eurostat), 1994.

futuro en mayor estima que lo presente» (7). La toma de responsabilidades conlleva una enorme carga de fidelidad histórica, con renunciaciones en la vida diaria y una satisfacción más allá de lo inmediato. No vale la responsabilidad puntual, de un momento, de una situación concreta, que es fácil; sino la que supone un compromiso en el tiempo, que permite realmente poder «responder» por algo o alguien.

No se trata de hacer un retrato de una juventud culpable por su inmadurez o su comodidad. Más bien sería conveniente tomar conciencia de los riesgos que supone una sociedad en la que al mismo tiempo que los niños dejan antes de ser niños —gracias, entre otras cosas, al dominio de lo audiovisual y el reinado de la televisión—, los jóvenes tardan mucho más en convertirse en adultos, en gran parte por inercia, y en otra parte importante por rechazo. Y no sólo los peligros; también es un ejercicio de responsabilidad pararse a analizar las causas que contribuyen a esta tendencia.

Sociedad del placer

QUE los niños huyen de lo desagradable y buscan lo placentero es una realidad incuestionable. Nada más nacer el bebé llora ante las situaciones que le contrarían y ante la insatisfacción de los deseos. Precisamente una de las tareas más arduas en la educación es ayudar a comprender al niño que no todo lo que de forma inmediata causa malestar o dolor tiene que ser necesariamente malo.

Cuando el apartarse del placer inmediato viene dado por una renuncia que depende de nosotros, de una opción de la que nos sentimos responsables y en la que creemos, nos adentramos en el camino de la madurez. Todos los signos de madurez se interrelacionan: la responsabilidad asumida hacia algo o alguien supone siempre renunciar a cosas que podrían apartar de dicho compromiso.

No es éste el camino que la sociedad en su conjunto, globalmente considerada, ha cargado de valor. Se ha impuesto la ley del mínimo esfuerzo y la del máximo placer, que se fomentan —especialmente entre los jóvenes— desde muy distintos sectores. El utilitarismo no sólo no ha sido superado, sino que vivimos inmersos en él sin siquiera querer reconocerlo.

(7) F. Nietzsche: «El nacimiento de la tragedia». Madrid. Alianza, 1981, p. 104.

No deja de ser curioso el dato que dan los propios jóvenes sobre el destino principal de sus gastos: los capítulos principales, y a mucha distancia del resto, son diversión (28%) y ropa (13%), frente a un 4 por 100 para el pago del piso o un 8 por 100 en comida. El dato se acentúa al centrarse en jóvenes menores de 24 años (diversión, 36%, y ropa, 15%), pero incluso entre los de entre 24 y 29 se mantiene el mismo orden entre todos los gastos (8).

Los medios de comunicación, y entre ellos el rey, la televisión, mandan continuos mensajes de invitación al consumo, al tiempo que evita identificar y clarificar los riesgos y la insatisfacción que se sigue de la consecución de un deseo superficial. Bien sabe el mundo de la publicidad cómo es el hombre y de qué forma el deseo es algo central en él, de forma que en cuanto se apaga uno, nace otro. Fuente inagotable de ingresos, también lo es de insatisfacciones y frustraciones. Una vaga pero intensa desesperanza va apoderándose poco a poco de la sociedad.

Se invita al consumo y a vivir de la imagen, de las apariencias. No es casualidad que el mundo de la moda esté tan en alza y que las *top-models* sean las nuevas musas de finales de siglo. Pero es una trampa mortal, como la del consumo. Querer ser quien uno no es, pretender parecerse a alguien que, a su vez, tampoco es del todo él mismo, al esconderse detrás de un maquillaje y una imagen creada *ad hoc...*, son empresas abocadas de una u otra forma al fracaso. «La primera impresión es la que cuenta», es el eslogan de un famoso anuncio de colonia..., y realmente funcionamos así.

Hoy en día se habla mucho de solidaridad y es bien cierto que gran parte de ella la mueven los jóvenes, que cada vez van siendo más conscientes de las injusticias de nuestro mundo. El doce por ciento de los jóvenes españoles (más de un millón) practica alguna actividad solidaria y seis de cada diez se declaran dispuestos a ello (9). Pero si eso es positivo, no deja de extrañar el hecho de saber que la mayor parte de sus ingresos lo emplean en diversión y ropa. ¿No será que junto a las buenas intenciones también convive una solidaridad de limosna y de falta de compromiso radical? ¿No estaremos hablando muchas veces de una solidaridad no desinstalada?

Cuando buscamos incansablemente el placer estamos evitando el dolor. Basta con acudir a la programación televisiva para caer en la cuenta

(8) «La Realidad Social en España» (CIRES).

(9) «La Solidaridad de la Juventud» (INJUVE), 1994.

de la realidad evasiva que se nos impone —más que propone—. Sólo en los informativos y algún espacio residual en cadenas minoritarias se pueden encontrar retazos de realidad cuestionadores. Es incómodo. Y por eso están desplazados en horarios imposibles, pensados para adultos e intelectuales.

La tiranía de las audiencias aprovecha el hecho de que la juventud no busca ni quiere todo esto, la excusa perfecta para no tener que ofrecérselo. Pero, grave error que estamos pagando. Cuanto más retrasemos su encuentro con la cara doliente de la realidad más se estará aplazando su crecimiento y su compromiso con ella, con lo que no será difícil que la depresión y la indolencia controlen la situación cuando ese encuentro sea inevitable.

Sociedad narcisista

CUANDO más contento se ponía Peter Pan era al escuchar los relatos que Wendy le contaba sobre él. «No puedo evitar estos gritos de contento cuando estoy complacido conmigo mismo». Él es su centro. A nuestra sociedad le sucede algo parecido. Al quedarnos en la superficie, en la imagen, vemos la cara más bonita de nuestra realidad. Lo importante es no ahondar demasiado. En el fondo nos gustamos y nos creemos mejores que los demás. Caminamos hacia Europa orgullosos de haber conquistado el Primer Mundo. Preferimos ayudar a los otros desde ahí.

Y lo malo es que no creemos que exista una sociedad diferente. Parece como si los ciclos históricos se hubieran parado y no fuera posible que viniera algo nuevo —ni siquiera muchos creyentes confiamos en ello; ahí tenemos una gran responsabilidad—. Las últimas elecciones generales del 3 de marzo aportan datos en este sentido. Una importante masa del electorado no reconocía votar al partido en el poder (de ahí el fracaso estrepitoso de los sondeos), y el PSOE, pese a ir de perdedor desde el principio de la campaña, logró más votos que en las elecciones de 1993 y se quedó a menos de dos puntos de diferencia del partido ganador, el PP. Son muchos los que prefieren que las cosas se queden como están. El conservadurismo, con toda su mala prensa, es una fuerza en alza, y existe una gran dosis de temor hacia todo aquello que suponga cambio.

Para crecer, el centro personal tiene que dejar de ser un absoluto.

El autocentrismo inicial debe enriquecerse con un heterocentrismo radical. Ya no soy yo sino yo con el otro. Lo mismo debe ocurrir de modo global en nuestra sociedad. Debe mirarse menos a sí misma y abrirse más a otras culturas. El problema de la inmigración, que va en aumento, debería hacernos reflexionar más sobre nuestras actitudes. Un sentimiento de xenofobia, que ya ha motivado varias campañas oficiales del Ministerio de Asuntos Sociales para contrarrestarlo, va tomando cuerpo y es francamente preocupante la proliferación de grupos racistas neonazis.

Sociedad emotivista

PETER Pan huyó de la tutela de sus padres para poder vivir sin cortapisas, a su aire. Escapar de la opresión que ejercen las responsabilidades y divertirse eran sus únicas metas. Puede resultar fácil enmascarar estas motivaciones en legítimas aspiraciones a ser uno mismo frente a los demás.

Si el principio del placer y el narcisismo tienen una presencia tan dominante en la sociedad actual no está de más plantear cómo influyen en la toma de decisiones. El sujeto, cerrado en torno a sí, y su propia voluntad, se convierte en el criterio último de las decisiones.

Es la actitud del niño que quiere ser centro de todo y que mira toda la realidad en función de sí. Todo gira en torno a él. No es ni mucho menos prioritario rebatir las opiniones o posturas diferentes, buscar la verdad, siempre que se consiga un espacio para desarrollar los deseos propios. Cualquier intento de salir de ese criterio último subjetivo es calificado de intolerante.

Es la sociedad del eclecticismo, del pluralismo llevado a los límites, de la sacralización del respeto a la opinión ajena. Pluralismo y respeto, dos elementos tan necesarios en la convivencia, pueden derivar fácilmente en la trampa de la soberanía del yo particular. Y así se va construyendo una sociedad contraria a la que se buscaba: no diversa, rica y plural, en la que todas las voces tienen su hueco y todas las opiniones, su respeto, sino carente de identidad porque se vive sin sentido de pertenencia y de proyecto común.

«El yo emotivista, cuando alcanzó la soberanía en su propio dominio, perdió los límites tradicionales que una identidad social y un proyecto de vida humana ordenado a un fin dado le habían proporcionado»

(10). El proceso de entrada en las etapas que van configurando la madurez incluye un paulatino descentramiento de la persona. Ya no soy yo el sujeto más importante. Lo somos todos porque además nos pertenecemos unos a otros. Necesitamos vivir con el otro. Sólo desde la experiencia de relación podemos ir teniendo identidad.

Para que una sociedad tenga identidad no basta con que esté construida por una suma de individuos, sino que ha de estar formada por personas.

¿Es posible crecer?

¿DESEA nuestra sociedad comprometerse con la madurez? Sólo desde el deseo es posible este compromiso. Peter Pan huyó de la posibilidad de convertirse en adulto cuando oyó «a papá y a mamá hablando de lo que sería cuando fuera hombre» y no le gustó. Una encuesta sin valor estadístico, realizada en una clase de niños de seis años arrojaba el preocupante dato de que uno de cada seis de estos niños, preguntado sobre si quiere hacerse mayor, contestaba que no. Esto puede mover a la reflexión y el examen de conciencia sobre los modelos que se proponen desde la sociedad adulta.

Es posible que todavía los mensajes que escuchan las nuevas generaciones sean desalentadores. Que la responsabilidad vaya ligada a la ansiedad y la angustia; la fidelidad al sentirse atado; y el compromiso hacia el lado más duro de la vida esté vinculado con la culpabilidad y la desesperanza.

Estamos necesitados de conversión. Nuestra sociedad está necesitada de nuevas voces y nuevos modelos que inviertan el curso de la historia y motiven la ilusión, especialmente en los jóvenes, de la posibilidad de un mundo diferente. Que es posible vivir la responsabilidad como reto y servicio, la fidelidad como libertad y los lados más dolorosos de la vida como esperanza.

Ésta es una cita ineludible para el creyente que confía en la construcción de una sociedad más justa y más ilusionante.

Aprender a leer los signos de los tiempos significa pasar del conocimiento al compromiso. No dejemos pasar la vida ante nuestros ojos.

(10) A. Mac Intyre: «Tras la virtud». Ed. Crítica. Barcelona, 1984, p. 53.